

Dr. José Miguel Gaona Cartolano

Al otro lado del túnel

Un camino hacia la luz
en el umbral de la muerte

Prólogo

Raymond Moody

Introducción

Después de todo, no es más sorprendente el nacer dos veces que el nacer una sola vez.

VOLTAIRE

Retrocediendo hasta los orígenes humanos más primitivos, podemos encontrar historias del más allá llenas de luz, de miedo o de descensos a lugares infernales. Muchas veces se encuentran asociadas con la muerte o con lo que hay después de ella. Dichas historias provienen de todos los puntos del globo terráqueo, como si los humanos se hubiesen puesto de acuerdo: Grecia, Egipto, Mesopotamia, Asia, África, muchos países de Europa, la América precolombina...

Los viajeros que retornan de ese mundo lleno de luz son de muchos tipos. Hay personajes extraídos de los textos sagrados de todas las culturas y otros que aparecen en los escritos de la literatura universal: Jesucristo, Krishna, Perséfone, Hércules, Eneas, Tammuz, Ishtar...

Los que hayan acudido a una conferencia del mundialmente conocido Raymond Moody habrán observado que una de las principales referencias de este escritor e investigador cuando habla de las experiencias cercanas a la muerte es el filósofo clásico Platón. En el décimo libro de *La república* Platón relata el mito de Er, un soldado griego que supuestamente había fallecido junto a otros compatriotas en una batalla. Al recoger los cadáveres, el cuerpo de este soldado fue

colocado sobre una pira funeraria para ser incinerado, y entonces volvió a la vida. Er describe en detalle su viaje al más allá. Al principio su alma salió del cuerpo y se unió a un grupo de otros espíritus que se iban desplazando a través de túneles y pasadizos. Paulatinamente esos espíritus eran detenidos y juzgados por entidades divinas por aquellos actos que habían hecho en su vida terrenal. Er, sin embargo, no fue juzgado, ya que estos seres le dijeron que debía regresar a la Tierra para informar a los hombres acerca del otro mundo. Súbitamente Er despertó, encontrándose sobre la pira funeraria.

Mucho antes de Jesucristo, en el siglo VIII a. C., fue escrito el *Bardo Thodol* o *Libro tibetano de los muertos*, que analizaremos en otro capítulo de este libro. Es una recopilación, desde los tiempos más antiguos, de los rituales tibetanos que hay que ejecutar ante los fallecidos o las personas que se encuentran en sus últimos momentos. El propósito de estos ritos es doble. Primero, ayudar a la persona en trance de fallecer para que recordara los fenómenos que iba experimentando. En segundo lugar, se trataba de apoyar a los familiares de los muertos, para que el espíritu del difunto pudiera desprenderse del plano físico, orientando los sentimientos y apoyando las oraciones oportunas. De esta manera el espíritu podía evolucionar y alcanzar el lugar que le correspondía en el más allá según su propia evolución.

A pesar de la importancia de sus protagonistas, así como de la profundidad de estos y otros escritos, la mayor parte de estas obras han sido ignoradas desde el comienzo de la Era Industrial como cosas propias de personas incultas y crédulas. En definitiva, personas que carecen de formación racional. Nuestra sociedad, sumergida en adelantos tecnológicos y sofisticada ciencia, es capaz de reanimar de manera rutinaria a personas que hasta hace poco habrían fallecido sin remedio, lo que nos ha proporcionado, en los tiempos modernos, miles de historias y relatos de experiencias cercanas a la muerte. Otro aspecto llamativo es el de los científicos que, acompañados de muy alta tecnología, realizan esfuerzos ingentes para explicar por medios racionales ciertos fenómenos que hasta el día de hoy escapan a una explicación total.

¿Qué es lo que se puede explicar de estas experiencias? Se ha discutido mucho acerca de los factores precipitantes de las experiencias cercanas a la muerte (ECM). Algunos alegan inducción religiosa o bien filosófica, tanto en sentido metafórico como literal. En cualquier caso, sea cual fuere el catalizador, un lóbulo límbico disfuncional o bien la ingesta de alguna droga enteógena,¹ el precipitante no parece ser la experiencia per se. La experiencia en sí misma se convierte en una memoria viviente. Cualquiera que sea el precipitante, se sufre una destrucción o profunda alteración de patrones, vivencias o escalas de valores que afectarán a la vida cotidiana de quienes las hayan experimentado. Más aún, al igual que en las tradiciones orales prehistóricas, la sociedad sigue mostrando una fascinación por este tipo de historias. Los detalles narrativos de los paisajes y de los encuentros con personas del más allá son el denominador común de los escritores que han hecho referencia a anécdotas de los casos estudiados.

Este tipo de experiencias ha servido para acercar a polos sociales muy separados. En un extremo fundamentalistas religiosos y en el otro ateos consumados, ambos discutiendo a un nivel descriptivo y comparándolo con la realidad física. Los fundamentalistas religiosos asumen que las descripciones de las ECM son literales, que describen objetos, personas y situaciones diversas. Al otro lado, los reduccionistas intentan explicarlo todo desde una visión materialista, ya que los sucesos descritos son manifiestamente imposibles desde los conocimientos científicos actuales, y por tanto increíbles.

A este respecto, quizás una de las cuestiones más llamativas es que lo que los fundadores de las principales religiones del mundo han reivindicado durante siglos mediante sus escrituras sagradas parece ser hoy en día corroborado a través de las personas que sufren experiencias cercanas a la muerte. Hasta el punto de que muchos científicos que otrora despreciaban este tipo de conocimientos milenarios se encuen-

¹ Un enteógeno es una sustancia o combinación de sustancias vegetales que, al ingerirse, provoca un estado modificado de consciencia que suele usarse en un contexto principalmente religioso, ritual o chamánico.

tran hoy fascinados y con un interés creciente en este tipo de cuestiones. Un detalle aún más notable cuando esta intriga involucra a sectores sociales a los que resulta difícil explicar las ECM, como es el caso de los niños pequeños, los invidentes de nacimiento y las personas en coma que fueron declaradas cerebralmente muertas.

El éxito de la ciencia moderna comienza con Galileo, con una manera de hacer preguntas científicas de manera que el investigador pueda evitar discutir sobre el significado de las cosas. Pero, claro, ¿cómo podemos discutir de algo sobre lo que no existe un lenguaje apropiado? Cuantificando los fenómenos, es decir, midiéndolos, los científicos crearon un lenguaje normalizado que hace posible la discusión de los hallazgos. Además, los científicos han creado innumerables escalas y unidades como, por ejemplo, los grados o los voltios para poder medir los efectos de sus investigaciones. Ahora bien, en el caso de las ECM la tarea es ardua. Afortunadamente la ciencia es algo más que una simple medición mecánica de las cosas: es una forma de conocimiento. Para poder proyectar ese tipo de conocimiento los científicos y los filósofos de la ciencia han desarrollado vías de discernimiento. A pesar de todo, mientras se construye una ciencia más elevada, el positivismo, lo empírico, el materialismo, el reduccionismo y el determinismo intentan hacerse con parte del pastel del pensamiento.

Los científicos después de Isaac Newton comenzaron a desarrollar elaboradas teorías. No podemos olvidar que una teoría tiene que cumplir tres puntos básicos: lo primero es que debe explicar el fenómeno, es decir, detallar lo que es y sus partes constituyentes. Lo segundo es que debe describir la actividad, es decir, el mecanismo que hay detrás del fenómeno y cómo se integra al mismo. Lo tercero, quizás lo más importante, es que debe ser capaz de predecir el fenómeno que se encuentra bajo investigación. En ocasiones, los científicos suelen ser un tanto flexibles con los dos primeros parámetros. Sin embargo, en lo que respecta al tercer enunciado, si una teoría no puede llegar a predecir, es que algo grave falla en el método de investigación.

Quizás fueron Sigmund Freud y sus discípulos quienes crearon lo que podríamos denominar la ciencia blanda, ciencias en las que la información recogida posee aspectos tanto cuantitativos como cuali-

tativos. La razón principal es que las experiencias que estudian el comportamiento humano son extremadamente flexibles e imprecisas bajo el prisma actual de la ciencia. De alguna manera los humanos son predecibles y siguen las leyes del comportamiento cuando se encuentran en grupo, pero fallan cuando se les intenta estudiar de manera individual. En el campo de la psicología, las creencias de los profesionales parecen ser sinónimos de sus propias teorías y podríamos decir que tenemos tantas escuelas de psicólogos como personas que hayan estudiado psicología, ya que cada una aplica sus conocimientos y su propia experiencia personal al mismo campo.

Años más tarde, Albert Einstein agitó aún más las aguas de la ciencia con su conocida teoría de la relatividad, que dejó al descubierto las limitaciones del determinismo, materialismo, positivismo y reduccionismo como vías infalibles de adquisición del conocimiento científico. En aquellos años Kurt Gödel desarrolló el teorema de incompletitud, en virtud del cual:

1. Si el sistema es consistente, no puede ser completo.
2. La consistencia de los axiomas no puede demostrarse en el interior del sistema.

Gracias a este teorema sabemos que la habilidad para adquirir cualquier conocimiento acerca de nuestra realidad se encuentra limitada.

Respecto a los científicos que reducen las experiencias cercanas a la muerte en fragmentos como, por ejemplo, experiencias extracorpóreas por un lado, el túnel como el resultado de la anoxia, las visiones como significado particular de una alteración neurológica, etc., resultan de interés las ideas del físico Paul Davies, que plantea que si un grupo de científicos tuviera que analizar un cartel luminoso de neón seguramente la mayor parte de ellos despiezaría el anuncio en sus diversos componentes: transformador, cables, gas neón, soporte metálico, etc. Sin embargo, este análisis reduccionista y materialista del objeto estudiado olvidaría algo fundamental: el significado del propio anuncio, la información que transmite, una cosa decidida-

mente no material. Es decir, el propósito del anuncio de neón no es que cada parte ejecute su cometido, sino albergar un significado. A este respecto, John Tomlinson, director del Instituto Americano de Salud y Ciencias, afirma: «Si los investigadores pueden probar científicamente que, en tan solo un caso, las personas abandonan su cuerpo cuando este muere y se dirigen hacia otra realidad donde se encuentran con seres y con capacidades y conocimientos más allá de los propios, entonces el fenómeno ya ha quedado demostrado».



Los científicos reduccionistas tan solo ven los componentes físicos del anuncio pero obvian su mensaje.

Siguiendo el ejemplo del anuncio de neón, su significado excede a cualquier discusión, sin importar lo profundo de la misma cuando nos referimos tan solo a sus componentes electrónicos. Para este mismo autor, Tomlinson, que las ECM puedan ser un encuentro con Dios o alguna entidad semejante sería, en su opinión, un evento tan importante como el ocurrido en Palestina hace más de dos mil años. Asimismo, observando que las ECM son sufridas tanto por los creyentes como por los ateos, la conclusión sería que esa supuesta existencia de Dios se extendería, obviamente, más allá de los límites de cualquier religión en particular.

Al mismo tiempo, para algunos investigadores las ECM no son explicables por la pura química cerebral. Por ejemplo, algunos trabajos de Michael Sabom y Kenneth Ring que manejamos en nuestra bibliografía y que aparentemente demuestran que personas ciegas de nacimiento llegan a ver cosas en su derredor durante su experiencia cercana a la muerte, lo que constituiría, en caso de ser probados, un verdadero terremoto para la ciencia actual.

Así pues, debemos intentar acercarnos a este tipo de experiencias desde tres pilares: el conocimiento científico basado en la replicación sistemática, el conocimiento filosófico basado en la razón y la lógica y, finalmente, el conocimiento teológico basado en la subjetividad introspectiva de Kierkegaard.

Encuadrados en este tipo de posicionamientos religiosos se encuentran las opiniones de que todo ocurre porque culturalmente estamos predispuestos a que así sea. Sin embargo, llama la atención, por ejemplo, que las personas que intentaron suicidarse y que quedan señaladas de forma negativa respecto a su conducta, en vez de tener una experiencia cercana a la muerte negativa, terrorífica o similar, por el contrario suelen tenerlas tan positivas como las que aparecen en los que han sufrido una enfermedad o un traumatismo determinado. Es decir, la hipotética influencia cultural no parece darse en todos los casos.

Lo que resulta fundamental es que si bien muchos científicos construyen su discurso desde la fe, la religión, la espiritualidad o incluso desde el propio terreno de la especulación, es preciso que no confundan sus creencias personales con evidencias cuantificables y que a la hora de comunicarlo a la sociedad sean capaces de transmitir esta diferencia. Asimismo, si atendemos estrictamente a los testimonios de las personas que han sufrido una ECM, podríamos obtener tres conclusiones rápidas: la primera es que aparentemente los humanos tienen algo que les diferencia de otros seres vivos. La segunda es que hay vida después de la muerte y que se nos juzgará por nuestra conducta en la Tierra. La tercera es que existen seres más allá de nuestro reino del tiempo y del espacio que interactúan con nosotros.

El filósofo inglés Alfred Jules Ayer, conocido por sus posicionamientos materialistas, tuvo que pagar un tributo a los mismos cuan-

do él mismo sufrió una experiencia cercana a la muerte que le produjo un fuerte impacto emocional y profundos cambios en su escala de valores, amén de variar sus posicionamientos filosóficos. A. J. Ayer admitió que su experiencia había reblandecido su convicción de que «mi auténtica muerte, que de hecho se encuentra muy cercana [era bastante mayor], será mi final», añadiendo: «Aunque continúo con la esperanza de que así sea».

Para los materialistas una experiencia cercana a la muerte no es otra cosa que la vivencia alucinatoria de un cerebro moribundo. Evidentemente, desde este punto de vista una alucinación no provee evidencias para ningún tipo de creencia ni menos aún para suponer que existe algo después de la muerte.

Uno de los problemas para abordar el estudio científico de las ECM es el reconocimiento explícito de que su principal característica es la inefabilidad, es decir, que carecen de denotación precisa. De manera que al igual que todo lo sagrado poseen muchas imágenes pero se priva de la parte física, por lo que a la ciencia le resulta difícil, por no decir imposible, abordar su estudio desde todas las facetas.

Estamos en una época de predominio de la ciencia sobre la religión y del periodismo sobre la literatura. Las ECM se describen de manera simbólica, se mueven en un mapa de símbolos, pero el mapa no es el territorio, solo apunta hacia el territorio que el lenguaje apenas puede describir y la visión es escasa para poderlo imaginar. Por ello la utilización masiva de símbolos en ocasiones se asemeja a un lenguaje críptico similar al utilizado por los iniciados de ciertas sectas. Sin embargo, los descubrimientos más recientes sobre la mente humana apuntan a que esta, quizá por puros motivos neurológicos, tiende a buscar patrones, al igual que la poesía persigue un orden en el caos circundante. Debido a esto no resulta extraño que las personas que han sufrido una ECM intenten interconectar todo lo que han vivido con elementos culturales tanto propios como extraños.

Después de todo, sobre la cuestión de la vida después de la muerte nuestra actitud debería ser similar a la del filósofo John Hick: «Tener el principio de estar mentalmente abierto a cualquier opción». Imaginemos además las implicaciones de la existencia de una vida

después de la muerte para la filosofía, la religión, la identidad personal, la ética a la hora de tratar a los enfermos terminales e incluso la propia biología. De hecho algunas personas que pasan por una ECM la viven como un sueño y prefieren apartarla de su mente. A otros les resulta difícil enfrentarse a este tipo de cambios psicológicos y como consecuencia no integran la experiencia en su vida diaria. Más aún, algunas personas, cuando la relatan a la familia o las amistades más cercanas, se encuentran con el rechazo, ya que los toman por locos. Incluso muchos médicos llegan a reaccionar como si la experiencia fuera el mero producto de una enfermedad mental, de encontrarse drogado, de la falta de oxígeno en el cerebro o incluso de algo realmente diabólico. Este tipo de actitudes, en muchas ocasiones también compartidas por los que sufrieron la ECM, puede conducir a la supresión de la experiencia, a la eliminación de sus memorias o bien a cualquier cambio positivo que podría haberse engendrado a partir de la misma.

Es sumamente interesante hacer notar cómo algunos autores como P. M. H. Atwater establecen paralelismos entre las experiencias cercanas a la muerte y el crecimiento de la cultura a través de los siglos. Los avances tecnológicos han hecho posible esquivar a la muerte en miles de casos documentados. Todos los días. El aumento del número de personas que han adquirido una serie de cualidades derivadas de experiencias espirituales tan profundas tendría un beneficio social y cultural que nos derivaría, en conjunto, a toda la sociedad hacia un mundo mejor. Otros, como Andrew Dell'Olio, sugieren que las ECM no confirman la existencia de vida después de la muerte, pero sí algún tipo de perdurabilidad. Para este mismo autor las ECM no serían otra cosa que un estado de consciencia continuado después de la muerte de nuestro cuerpo.

Por otra parte, algunos profesionales de la salud mental muy bien formados piensan que este tipo de experiencias son propias de personas con algún importante desequilibrio psicológico. Por ello, Bruce Greyson, uno de los autores líderes en este tipo de cuestiones, diseñó un estudio en el que comparó a un grupo de personas que habían sufrido una ECM con otro grupo cuyos miembros, si bien

habían estado cerca de la muerte, no habían experimentado una ECM. Valoró ambos grupos con un instrumento (Cuestionario SCL-90-R) diseñado para detectar alteraciones psicológicas. Los resultados fueron concluyentes: los que se habían encontrado en una situación cercana a la muerte, pero que no habían experimentado una ECM, mostraron más alteraciones psicológicas que los que sí habían vivido una ECM.

Para los que crean que el cuadro de las ECM se debe a síntomas dependientes de la pura fisiología, como por ejemplo la experiencia extracorpórea por aislamiento sensorial, la secreción de endorfinas que produce analgesia y sensación de felicidad y paz o bien, la anoxia cerebral galopante que produce sobre el sistema visual una ilusión de túneles y luces, así como alteraciones del lóbulo temporal que hagan revivir las memorias o visiones de personas ya fallecidas en otras dimensiones, las cosas no parecen ser tan sencillas, ya que toda experiencia cercana a la muerte parece perfectamente orquestada y sigue una pauta no caótica en la que algo, similar al antiguo concepto de alma, parece cobrar vida y escapar del cuerpo. Es decir, lo que nos estamos jugando al intentar comprender en qué consisten las ECM no es solo si existe vida más allá de la presente, sino también si podemos entender los complejos modelos de consciencia, incluyendo la percepción sensorial o la memoria, ya que estos procesos podrían estar enfrentados a los conocimientos actuales de la neurofisiología si los intentamos aplicar a este tipo de experiencias.

Todos estos argumentos pueden llevarnos a razonar en círculos, como una pescadilla que se muerde la cola. Para los que son creyentes, las ECM les proveen de argumentos para hacer de sus vidas algo trascendente y de unión con Dios. Para los que no son creyentes, estas experiencias les elevan a un plano metafísico de difícil digestión. Asimismo, las investigaciones que se están realizando poseen un potencial inmenso para millones de personas que se consideran religiosas o espirituales, pero también para los profesionales de la ciencia involucrados en ayudar a los moribundos, a los suicidas y a las familias que se encuentran inmersas en procesos de duelo. Es algo que también llena de esperanza a los enfermos terminales.

En mi caso, a pesar de haber atendido innumerables casos de personas, tanto creyentes como no creyentes, que me han relatado con una similitud excepcional sus experiencias, no me queda más remedio que admitir, quizás con alguna reserva, lo trascendental de este tipo de casos, tomando en consideración, eso sí, algo de escepticismo que, imagino, se aclarará algún día en lo que será mi última experiencia. Me muero por saberlo.